

A la espera del diagnóstico



LIAN ZHEN (XINHUA / EPA / EFE)



JUAN JOSÉ MILLÁS

21 JUL 2024 - 05:40 CEST

🕒 f X in 🔗 5 🗨

Esa especie de tostadora chamuscada [acaba de hacerse casi 400.000 kilómetros de ida y otros tantos de vuelta para acercarse a la Luna](#) y extraerle dos kilos de tejido de su cara oculta al objeto de llevar a cabo algo parecido a una biopsia. La “tostadora” disponía de una caja de herramientas que incluía, entre otros útiles, un taladro con el que horadó la mejilla de ese rostro furtivo y una pala mecánica con la que introdujo las muestras en la sonda. Una hazaña, en fin, semejante a la que representa viajar al subconsciente y regresar a la superficie con un trauma reprimido.

Y es que se sabe poco de la parte de atrás de nuestro satélite como usted sabe poco de su espalda: si le mostraran una foto de ella, dudaría de la identidad del fotografiado.

La Luna es el resultado del choque formidable de dos cuerpos celestes, en principio antagónicos, aunque complementarios a la larga. El Gran Impacto, que es como solemos referirnos al suceso, produjo cantidades industriales de escombros que surcaron el espacio hasta que la gravedad los obligó a unirse para formar esa entidad que tanto juego viene dando a los poetas. El yin yang, como llaman los chinos a la unión de contrarios, es la madre de todas las dualidades de las que está compuesto el universo (interior/exterior; forma/vacío; duro/blando, etcétera). Ya conocíamos el yin lunar, es decir, su parte luminosa. Ahora se trata de estudiar las cicatrices y deseos furtivos del yang para averiguar de dónde venimos. Con ese objeto, [la sonda china *Chang'e 6*](#) ha tumbado a la Luna en el diván. Quedamos a la espera del diagnóstico.